

/ más que dar ilusiones, no romperlas». Cada cual ha de meditar sus dudas y elegir sus propias certidumbres, porque tampoco es saludable la inhibición cínica del descreimiento posmoderno: «tampoco es justo / pedirle al sol de mayo que no deje / la piel de una certeza en la ventana. / Nunca ha sido de ley / olvidar lo que somos, / aquello que debemos defender / para que las palabras que decimos / no huelan a cerrado». Como viene a advertirnos en otro poema, nada hay peor que no estar a la altura del propio pasado.

Las ilusiones pisoteadas de que da cuenta este tiempo de madurez son las que acaban por lesionar la mirada del poeta y conducen a la última sección del libro. En una nueva reflexión sobre la democracia, la palabra alegre de la celebración se tiñe de melancolía y amargura cuando la libertad conquistada justifica la violencia –«los labios que dicen libertad, / justicia, socialismo, / no pueden llevar botas / para pisar silencios y cadáveres»– y el bienestar neoliberal promueve la descomposición de los valores y la frivolidad del consumo mientras disuelve la conciencia crítica en los ojos cerrados del cinismo: «El agua moja hoy / los pies de los que viven con los ojos cerrados, / las tarjetas de crédito que miran a otra parte, / la mercancía sórdida de la felicidad, / [...] / la paz del que prefiere no saber, / ni preguntar, ni preguntarse». La historia también se ha encargado de desbaratar otros sueños –«El agua se llevó, con los primeros viajes, / la luz de mis banderas comunistas»– y el poeta elige aceptar la derrota precisamente «para seguir al lado de la gente». Así es como se va llegando a la conclusión del libro, que el hablante resume en una afirmación rotunda: «La vida no es un sueño»; y no sólo porque haya reconocido sus cadáveres, sino porque se niega a hablar desde la quimera del futuro. El poeta se siente cansado de mirar en un mundo de finales injustos, donde campan por sus fueros el dolor y la mentira; pero cuando la ilusión ha sido humillada y bracea en el naufragio de la incertidumbre, la dignidad aún puede salvarse en el acto voluntarista de poner los pies (o las manos) en la tierra del presente y permanecer «al pie de la ciudad» con los ojos abiertos, fatigados, sí, pero dispuestos a calzarse las gafas que ayudan a encarar de frente la vida privada y pública: «a comprobar el precio de las cosas, / a buscar los teléfonos que quiero, / a recorrer

los libros, / a mirar el reloj y los periódicos». La disposición de optimismo melancólico con que García Montero acomete estas memorias ya venía señalada en la cita de Eliot que preside la escritura del libro: «You shall not think the past is finished / Or the future is before us».

Porque tampoco le faltan al sujeto asideros personales que le aten al presente y conviertan este libro, por momentos, en una celebración. Sobre todo, la edad templada de la madurez aparece vivificada por el intermedio jubiloso que celebra la plétora del amor, y prosigue –«Punto y seguido»– el cancionero interrumpido en *Completamente viernes*. El amante festeja, tras diez años de usura, lo intacto del amor y también del deseo, tal vez porque –nos dice parafraseando a Heráclito– «nadie besa dos veces / a la misma mujer». Y el lugar del encuentro no es Madrid, ni Granada, ni los hoteles del mundo de dos seres que viajan; en la poética erótica de García Montero ese lugar es, como siempre, el templo laico del cuerpo de la amada, y de ello habla el subtítulo que reúne este conjunto de poemas, «Habitación con vistas a tu cuerpo». El sujeto poético da prueba de honestidad en la experiencia de un amor vivido en plenitud, que no conoce la humillación ni la renuncia, y también en la revelación de una claudicación pasada –«Conocí la mentira / o la verdad a medias de los que no encontraron ese saber de amor»–, que dialoga con aquellos versos de *Completamente viernes* en que ya se confesaba la «vergüenza» del engaño. No es el único diálogo en esta misma serie: «Parecidos» concluye la relación del patrimonio de la amada con un verso que remite a la escueta y popular «Dedicatoria» de *Habitaciones separadas*: «y un amor / que no se cansa de mirarla». Más común es, con todo, escuchar la resonancia de voces ajenas, una vieja costumbre de la poética cómplice de García Montero otra vez muy presente en este libro. Sería largo inventariar este saqueo de la casa de la poesía; baste decir que Machado, Salinas y Lope –cuando menos– escriben con el poeta los versos finales de esta sección: «que no muera conmigo el mundo mío, / que no muera con ella el mundo suyo, / que la memoria arda en un abrazo / como tiempo caído al girar sobre el tiempo. // Y que nadie me pida explicaciones. / Razón de amor. Quien lo probó lo sabe».

Pero más allá de estos guiños —explícitos o implícitos, reelaborados o literales— que revelan la tradición que alimenta al sujeto que escribe, otras formas de homenaje más directo dan cuenta de la genealogía del escritor. Es lógico que la dedicación a la poesía tenga también su espacio propio en esta memoria de un trayecto en que «la vida y los libros / son brazadas de un mismo nadador». Y Luis García Montero evoca a los maestros más definitivos, aquellos que fueron presencias vivas o decidieron su vocación. «Huerta de San Vicente» es el poema en que el hablante se declara iniciado por el símbolo lorquiano en el rito de la poesía: «Se busca una ciudad. La recompensa, / aprender a vivir con uno mismo, / saludar a la luna en horas de trabajo, / mover recuerdos en un cajón vacío». Pero sobre todo, García Montero vuelve a la vida a los poetas que le acompañaron también en la vida, a los maestros que fueron amigos. Y no puede faltar el recuerdo entrañable de «Rafael Alberti», que llega a Granada por el año de *El jardín extranjero* para alimentar con su «mitología / de poetas, república y exilios» los fervores marxistas del joven. Aunque no es sólo camaradería política: el poeta-profesor que le dedicó toda una tesis doctoral defiende la necesidad y la espontaneidad vitalista de la poesía de Alberti contra los censores de su verso circunstancial y desmañado: «Los que escriben poemas necesarios / continúan ardiendo / sobre la leña seca de los libros. / Da igual la perfección, / la irregularidad o la abundancia». Con «Jaime», el poeta recupera el mundo bien reconocible de Jaime Gil de Biedma para agradecerle su herencia literaria: a cuenta del lenguaje de familia, la disposición de escepticismo, la costumbre de la meditación, ha llegado a la casa de sus versos «vestido con las ropas del otro domicilio». Un homenaje doble, y una genealogía política y poética, encierra «Colliure»: homenaje a Antonio Machado, cuyo cuerpo exiliado descansa en el camposanto francés, y a Ángel González, que regresa a la tumba del maestro como a un símbolo republicano. Homenaje también, en ambos poetas, a la resistencia antifranquista y a la historia vencida de España: «Los lugares sagrados nos permiten vivir / una historia de todos en primera persona. / Las flores de la tumba de Machado / imitan el color de una bandera / sagrada por mandato / de mi melancolía». El poema, de alto voltaje político (y uno de los

mejores del libro), obedece con rigor al antiguo convencimiento de quien pocas páginas antes ya nos ha recordado la necesaria «intimidad» de que deben gozar «las historias generales» para cobrar verosimilitud. El libro entero es, en verdad, toda una lección de teoría aplicada.

Cincuenta años de existencia y casi treinta de escritura. Alguna vez ha dicho García Montero que no volverá a escribir. No podemos tomarle en serio, como es lógico, pues la musa es imprevisible y caprichosa. Pero es cierto que este libro tiene un preocupante sabor a despedida: el poeta ha atado cabos, ha ajustado sus cuentas con la vida y con los otros, y no parece olvidarse de nada ni de nadie. En esta *summa vitae* han cabido todos –los padres, los hijos, la amada, los amigos, los poetas– y también todos los temas. De querer retirarse, el poeta no sólo lo habría hecho como hombre bien nacido: con sus cuentas pagadas; además, habría dejado en este libro prueba definitiva de honestidad y maestría en el cultivo del oficio, volviendo a demostrar cualidades ya acreditadas y conquistas crecidas con la sabiduría de los años: su dicción desenvuelta y aseada, su oído finamente educado, su palabra seductora y verosímil, su emoción inteligente, una potencia metafórica capaz de preñar el lenguaje «vulgar y cotidiano» –que regresa a su línea más transitiva– de connotaciones y significados inéditos, la singularidad de un universo imaginario inconfundiblemente propio, y un escenario de emociones, realidades y deseos que regresan sobre sí y se someten a la variación inexorable a la que obliga el recorrido de una historia que discurre fatalmente de la mano de la Historia. Luis García Montero ha cumplido también con la literatura. Nosotros, ahora, le debemos cuanto ha escrito ©